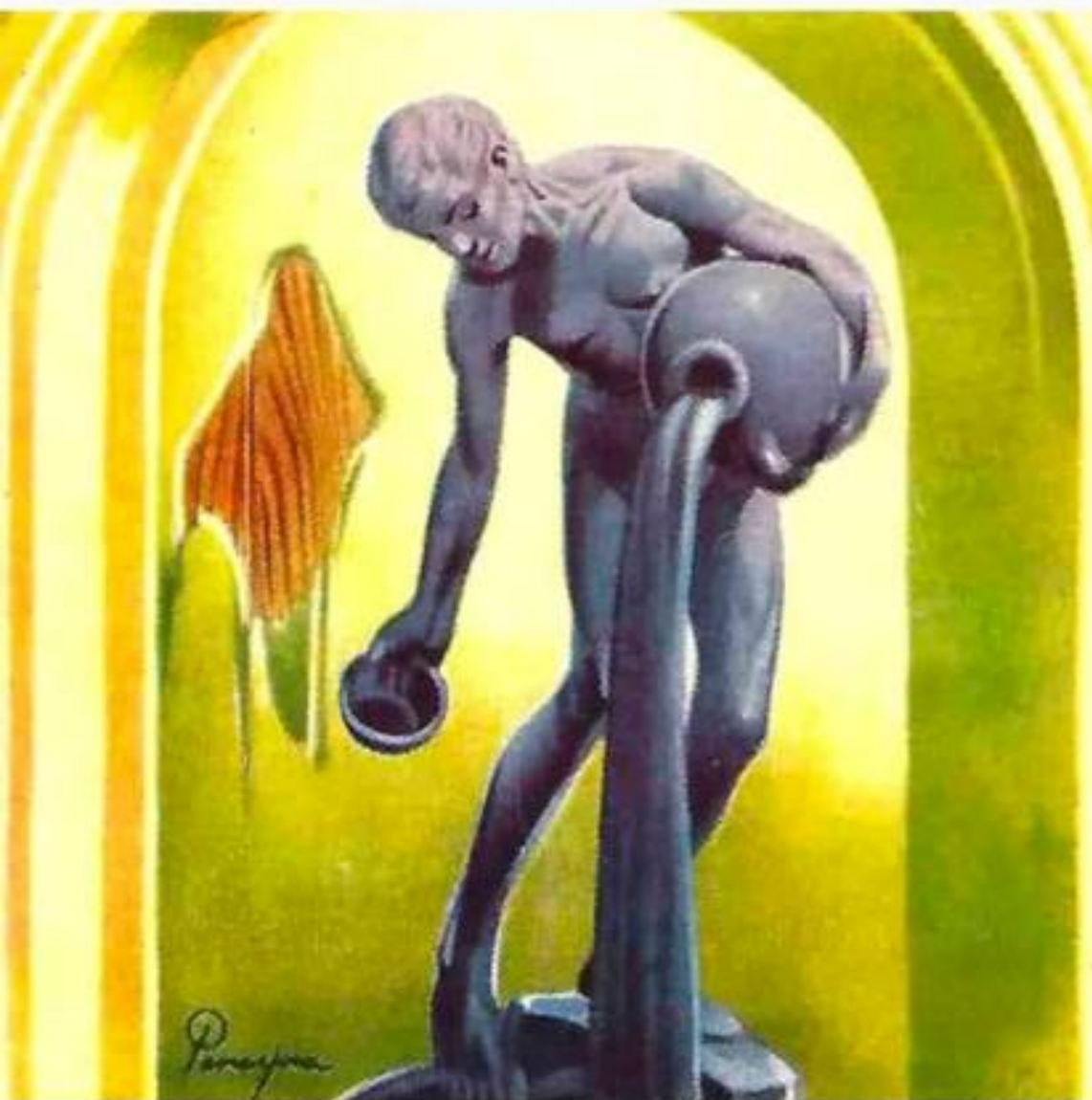


# EL CUARTO CLAUSURADO

102

ELIZABETH DALY



COLECCION

Rastros

El clan Clayborn ha estado esperando 25 años para dividir la fortuna de la abuela, guardada por voluntad de la anciana en una pequeña habitación en la mansión Clayborn. Mañana se abrirá la habitación, y los Clayborns no pueden esperar a meter mano a la colección de botones de la anciana, que no tiene precio. Harriet Clayborn, que no confía demasiado en su familia, le pide a Henry Gamadge que sea testigo de la apertura de la habitación, para asegurarse de que no haya ninguna acción deshonestas. Gamadge está de acuerdo, y es bueno que este detective magistral esté a mano: la habitación ha estado ocultando algo más espeluznante que los botones.

## CAPÍTULO I

—¿HABLA realmente el señor Gamadge? —inquirió una voz femenina con acento grave y algo melancólico.

—Sí, habla Gamadge.

—Soy Harriet Leeder, señora de Clayborn Leeder. Se trata de algo tan reservado que no hubiera deseado dar mi nombre a ninguna otra persona. ¿Podría rogarle que no mencione a nadie el hecho de que lo he llamado?

—No lo mencionaré.

—Usted no me conoce, pero estoy relacionada con unos amigos suyos. Solamente les he dicho que necesitaba consejo. Es un asunto de familia bastante desagradable. Por lo que afirman sus amigos, creo que es usted el único que puede ayudarme.

Gamadge no prestaba toda su atención a quien le hablaba. Se hallaba de pie junto a la mesita del teléfono, mirando por los cristales de la puerta hacia el estudio, y la escena que observaba le crispó los nervios. David Malcolm, su ayudante, se encontraba en el centro de la habitación con un brazo en alto, sosteniendo al hijito de Gamadge en la palma de la mano. El bebé, alegre como siempre, agitaba las piernas y los brazos.

—¡Déjalo en el suelo antes de que se te caiga! —exclamó Gamadge en voz alta.

—¿Cómo dice? —preguntó su interlocutora.

—Perdone. —Gamadge esperó hasta que el niño estuvo a salvo sobre la alfombra. Luego se disculpó de nuevo

—: Lo siento mucho; me interrumpieron.

—¿Pueden oír nuestra conversación?

—No.

—Sé que no debería hacerle perder tiempo ni pedirle que venga a verme. Nuestros mutuos amigos me han dicho que acaba de regresar de Europa y que fue herido en el frente.

—No tiene importancia —repuso Gamadge—. Me inter-puse en el camino de una bala.

—¿Estaba en la división de espionaje?

—En esos momentos no —repuso Gamadge—. Más bien podría decirse que estaba en el de contraespionaje.

—Sé que no debo pedirle que se separe de su familia ni aunque sea por una hora... Una hora esta tarde, y luego, si cree que puede aceptar el caso, tendría que dedicarme otra hora mañana.

—¿No más?

—Temo que le parecerá demasiado.

Ninguno de sus amigos lo recomendaría a nadie sin buenos motivos para ello. Gamadge respondió:

—Si se trata de algo muy urgente...

—Tal vez no lo considere así. ¿Podría venir a hablar del asunto? Venga a tomar el té a las cuatro. Ya debe conocer nuestra vieja casa de ladrillos rojos: la mansión Clayborn.

Gamadge recordó una residencia imponente.

—Por supuesto que la conozco, señora —respondió, preguntándose qué le recordaba ese nombre. Clayborn... Leeder...

—Queda cerca del parque —continuó ella—. No tengo a nadie a quien recurrir. Si decide ayudarme, podría quedarse y conocer a la familia a las cinco. Vivimos todos aquí, y si estamos en la ciudad, nos reunimos para tomar el té a esa hora. Me gustaría anunciarles que me representará.

—¿Representarla?...

—Me refería a mis intereses.

—En realidad no estoy en condiciones para ello, señora. Nada me autoriza...

—Le explicaré cuando lo vea. ¿Vendrá? ¿O le parece demasiado extraño mi pedido? No puedo decirle más por teléfono.

Gamadge consultó su reloj y volvió la vista hacia el estudio.

—Lo extraño siempre me atrae —manifestó.

—Abrigaba esa esperanza. —La voz de la mujer pareció más animada—. ¿Puedo esperarlo a las cuatro?

¿Clayborn? ¿Leeder?... Los nombres tenían cierto significado para Gamadge, aunque por el momento no pudo recordarlo. Empero tenía la impresión de que no era nada agradable.

—Iré —dijo.

—¡No sabe cuánto se lo agradezco!... ¿Dentro de media hora?

—Dentro de media hora.

Gamadge colgó el tubo. Fastidiado por disponer de tan poco tiempo para efectuar averiguaciones y no poder formular preguntas a su esposa, abrió la guía telefónica. Halló Clayborn Leeder. No encontró el nombre del esposo en menos de diez cuadras de su casa. Decidió ir andando.

Sacó el «Registro social» de un estante. Allí figuraba su cliente, y al parecer era divorciada. Se trataba de Harriet Clayborn Leeder. No encontró el nombre del esposo en el libro.

En *Clayborn* se encontró con una lista de nombres bastante apreciable: Gavan, señorita Cynthia, Seward, Garth y señorita Elena (esta última asistía a la universidad). Comenzó entonces a recordar algo respecto a la familia, la que fuera mejor conocida en el siglo XIX. En 1880 y 1890 figuraron sus miembros en la sociedad neoyorquina, en la diplomacia y en los mejores círculos deportivos. Gamadge estaba seguro de que uno de ellos poseía un yate.

Uno o dos de los primeros Clayborn se dedicaron a la literatura; había un libro sobre recuerdos de las embajadas europeas y otro sobre viajes y caza mayor. Recordó también que poco tiempo atrás, una señora Clayborn patrocinaba conciertos de cámara.

En la actualidad no parecían ser tan activos como antes. A juzgar por los clubes a que pertenecía, Gavan Clayborn seguía interesándose por los yates. Seward, un hombre poco aficionado al deporte, era socio de varios clubes de primera clase, cuyos miembros se dedicaban a la difusión de las artes. Garth Clayborn, bautizado con el nombre de su antecesor deportista y literato, pertenecía sólo a uno de los clubes de la familia, una institución atlética de gran fama. Debía ser joven. La última era la señorita Elena Clayborn, todavía en la universidad.

Gamadge se dirigió hacia el estudio. Clara, su esposa, leía junto a la ventana. Su asistente, David Malcolm, jugaba con el gato, y el bebé lo observaba con gran interés.

—Tengo que salir —anunció Gamadge.

—Henry —gimió su esposa—, ¿por qué te dejas sorprender así por teléfono?

—Porque mi presunto ayudante nunca lo atiende.

—Nunca me acuerdo de hacerlo —declaró Malcolm—. ¡Maldición!

—Esa será la primera palabra que aprenderá el nene —dijo Clara.

—Mira —sugirió Malcolm—; los sábados no viene la mucama. ¿Qué te parece si te acompaño?

—Tú continúa con tu trabajo —repuso Gamadge—. Aprende algo de libros. Todo lo que sabes por ahora es que si el volumen no es antiguo no vale nada.

—Pero no puedes salir —intervino Clara—. La señorita Lucas viene a tomar el té y pensábamos jugar una partida de bridge. ¿A qué hora regresarás?

Su esposo le respondió que lo ignoraba y salió de prisa de la habitación. Clara se quedó mirando la puerta.

—No nos dijo nada —expresó—. Eso significa que se trata de un caso. No está en condiciones de trabajar; todavía tiene el brazo muy rígido. ¡Esto es horrible!

—Si es trabajo, ¿por qué no me dio intervención? —comentó Malcolm—. Para eso estoy aquí.

—Debe tratarse de algo secreto. Llama a alguien, Dave; no podemos decepcionar a la señorita Lucas.

—Mi responsabilidad hacia la tal Lucas es completamente nula —declaró Malcolm.

—Entonces hazme el favor de hacérselo entender, pues no creo que lo sepa.

—¿Hacérselo entender? ¿Cómo?

—Pues, háblale como me hablas a mí.

—Eso no es posible —protestó Malcolm—, pues no hay nadie como tú.

—Eso mismo deberías decirle.

—Pero a ti te lo dije por conversar —replicó Malcolm con malicia.

Mientras tanto Gamadge marchaba hacia Park Avenue. Era una hermosa tarde de octubre de 1944, y la frescura del aire prometía intenso frío para más adelante. Llevaba su sobretodo en el brazo, pues su médico le había recomendado que se cuidara de los cambios de temperatura. De treinta y nueve años de edad y mediana estatura, su aspecto general daba la impresión de un monocromo; lo cual se debía a sus cabellos y cutis algo descoloridos y a sus ojos color gris verdoso. Se habría extrañado sobremanera si alguien le hubiese dicho que había en él algo que llamaba la atención.

Dobló la esquina al llegar a Park Avenue, y alargando el paso llegó a la calle en que residían los Clayborn. Era poco antes de las cuatro. Marchó hacia Madison Avenue y tomó luego por Fifth, donde los árboles del parque eran ahora un manchón amarillo verdoso, con ramas desnudas que se elevaban hacia lo alto como brazos retorcidos.

El gablete oriental de la mansión Clayborn, a tres pisos de altura, se destacaba sobre el tejado de su antiguo establo y cochera de dos pisos. Estos habían sido transformados en departamentos tipo estudio, con enormes claraboyas, y los portones originales servían para dar paso a los automóviles de los modernos inquilinos. La casa en sí, tal como sus dependencias, era de ladrillos rojos. Cuando llegó frente a la fachada, Gamadge se detuvo para admirarla; debía ser, según creyó, obra del arquitecto H. H. Richardson. Pocos ejemplos de su arte, tan sólido y a la vez tan decorativo, quedaban actualmente en Nueva York, y la mayoría de ellos eran establos transformados en departamentos.

Sí, la edificación era típica de Richardson: las hileras de ventanas bajas y las de triple arco debajo de los gabletes. Gamadge retrocedió varios pasos para volver a observar el gablete oriental y su ventana triple. Esta era figurada... ¿O la habrían clausurado? Los ladrillos contenidos dentro del marco de piedra parecían más claros y nuevos que los demás.

Gamadge marchó hacia el arco ornamental que daba acceso a un pórtico o vestíbulo, pasó de largo, dio vuelta a la casa y marchó a lo largo de un alto muro que rodeaba el jardín. Había una angosta calleja entre la pared del jardín y la casa vecina, y al mirar hacia la otra calle, Gamadge vio que una portezuela en el muro daba acceso a la mansión.

Volvió sobre sus pasos. La casa no tenía subsuelo. Los rústicos cimientos de piedra se elevaban por entre el césped, y la hilera de las ventanas pertenecientes a la planta baja se hallaban a poca altura del suelo.

Marchó hacia los dos escalones de entrada y subió al pórtico. Cuando tocó el timbre le abrió un anciano mayordomo, que lo recibió con una sonrisa.

—¿El señor Gamadge?

—Sí —repuso el aludido, entregándole su sombrero y su abrigo.

—La señora Leeder lo espera arriba, señor.



Al cruzar el amplio vestíbulo de techo artesonado, Gamadge reflexionó que lo único malo que tenían estas casas era la oscuridad. Sus constructores amaban el roble oscuro, los hogares de piedra con morillos tan altos como perros daneses, colgaduras, lámparas de bronce, tiestos chinos tan espaciosos como bañeras, sillones enormes... Todo eso estaba allí, incluyendo cortinajes de terciopelo y una amplísima alfombra oriental.

Gamadge marchaba escaleras arriba tras su guía, cuando se detuvo. Al fin recordaba quién había sido el esposo de la señora Leeder. Reanudó el ascenso mientras su mente revistaba los detalles de un gran escándalo y un caso célebre. Rowe Leeder se había visto complicado en el asunto hasta que una coartada lo libró de las consecuencias. A la sazón hacía sólo dos años que estaba casado con Harriet Clayborn.

¿De qué se trataba? Del asesinato de una ex corista llamada Sillerman. Gamadge no pudo recordar los detalles, pues el asunto ocurrió veinte años atrás. Lo único que tenía presente era el revuelo que produjo el crimen y la publicidad poco agradable para Leeder, quien era hijo único de una familia excelente.

En la casa reinaba un silencio sepulcral; Gamadge y el viejo mayordomo ascendieron como dos espectros hasta el rellano. El primero tuvo que recordarse que esas mansiones se construían y amoblaban siempre para que reinara en ellas la tranquilidad. Era absurdo suponer que los Clayborn lamentaran todavía el pasado escándalo. Leeder ya no pertenecía a la familia.

Siguió al criado por un amplio vestíbulo, y a través de una arcada, hasta llegar a un amplio salón que se extendía hacia el extremo occidental del edificio. En él vio enormes lámparas antiguas situadas junto a sillones flanqueados de mesitas bajas. Las paredes estaban adornadas de cuadros con marcos de bronce. Sobre el hogar se veía uno que representaba a un orgulloso caballero de otra época.

—La señora Leeder vendrá en seguida, señor —manifestó el mayordomo, y se retiró.

Gamadge miró a su alrededor. Dos ventanas flanqueaban el hogar, en el cual ardía un fuego de leños; otras ventanas daban al Oeste, pero las oscurecía el edificio de departamentos construido al otro lado de la calleja. Debajo de ellas se veían asientos tapizados en armonía con los cortinajes. A ambos lados de la chimenea, formando ángulo recto con ella, había dos divanes, y en el interior del recinto formado por ellos se veía una amplia mesa de té, sobre la que reposaba el servicio en una bandeja de plata. Detrás del sofá de la izquierda se encontraba un biombo chino de tres hojas, cuyo fin era el de evitar las corrientes de aire de la ventana.

Gamadge se volvió en el momento en que la señora Leeder entraba ofreciéndole la mano. Era una mujer alta, esbelta y bella, de unos cuarenta y dos años de edad. De cabellos negros y cutis blanquísimo, su expresión era de profunda melancolía. Lucía un vestido largo de falda negra y corpiño rojo. Adornaban sus orejas dos aretes de brillantes.

—Le agradezco infinito su atención, señor Gamadge. Por favor, no me pregunte quién me recomendó que le hablara.

—¿Teme que le haga reproches? —preguntó él sonriendo—. No lo haría.

—Espero, que se olviden del asunto y no me pregunten si lo llamé.

—Tal vez me lo pregunten a *mí*.

—No, no lo harán. —Se volvió ella para dirigirse hacia el centro de la habitación, pero se detuvo de pronto—. ¿Tomará una taza de té conmigo, o desea tomar algo más fortificante?

—Me agrada el té.

Ella reanudó la marcha, pero en lugar de ir directamente hacia donde estaba el servicio de té, miró primero detrás

del biombo. Cuando se volvió hacia su visitante parecía algo turbada.

—¡Qué tonta soy! —dijo—. Pero no puedo quitarme esa costumbre. ¿Quiere sentarse frente a mí en ese sofá?

Tomaron asiento. Gamadge ocupó el extremo del sofá, al lado de una mesita.

—Cuando mi primo Garth era jovencito —explicó ella, mientras llenaba la tetera de agua caliente—, solía esconderse detrás del biombo y escuchar todas las conversaciones. Como ahora cuenta veinticinco años de edad, o los tendrá mañana, debe haberse curado de ese hábito. Pero sigo mirando detrás del biombo.

—Es una especie de obsesión sin importancia —observó Gamadge—, a menos que no esté bien segura de que el joven se ha curado de la costumbre.

—Tal vez no esté segura de que la gente cambie realmente. Tal vez lo aparenten, pero... —Vació la tetera, echó té en la misma y vertió luego agua hirviente—. Ha salido con Elena a pasar la tarde afuera, y los otros no llegarán hasta las cinco. ¿Desea limón o crema?

—Solamente un terrón de azúcar.

La señora Leeder le sirvió el té, y en ese momento llegó Roberts con una bandeja de bollos y sándwiches. Entregó a Gamadge su taza y se retiró.

—No volverá hasta que lo llame —expresó la señora Leeder—, y él no escuchará. Conoce todos nuestros secretos, y nos quiere entrañablemente... ¿Qué estaba diciendo?... ¡Ah, sí! Hablaba de lo que hace la familia esta tarde. Tío Gavan juega al bridge en su club todos los sábados; después va a buscar a tía Cynthia, quien asiste hoy al primer concierto del cuarteto Clayborn. ¿Sabía que mi abuela fundó el cuarteto?

—Estaba enterado de que hizo mucho por la música de cámara en Nueva York.

—A nosotros no nos interesa, pero tía Cynthia opina que uno de la familia debe asistir a los conciertos. Mucho

me temo que el arte no halle adeptos entre los Clayborn, aunque Seward todavía dibuja un poco; pero en 1934 renunció de los textiles Graff.

—Recuerdo que producían un trabajo magnífico.

—En realidad debió haberse dedicado a la pintura, pero nunca tuvo ánimos. Todas las tardes descansa hasta que Roberts lo llama para tomar el té. Eso es todo lo que puedo decirle de Seward. Elena es su única hija, y supongo debo explicarle que Garth es el único hijo de otro Clayborn fallecido. Sus padres murieron cuando él era pequeñito, y ha vivido con nosotros desde entonces.

Gamadge se tocó los bolsillos, y ella agregó:

—¿No quiere probar uno de nuestros cigarrillos?

—Gracias, fumaré de los míos. Pero permítame...

Gamadge siguió la dirección en que miraba su interlocutora, y fijó la vista en la mesita que tenía a su lado. La misma estaba atestada de numerosos objetos, entre los que se hallaba su taza de té, pero no vio en ella ninguna caja de cigarrillos.

La señora Leeder sonrió complacida.

—Allí tiene una de las obras maestras de Seward y mía. Él tiene un magnífico estudio y taller en el tercer piso, y se dedicaba a varios *hobbies*. También lo hacía yo antes de casarme.

Sobre la mesa descansaba un libro ricamente encuadernado en cuero marroquí. Gamadge lo tomó, y al abrirlo descubrió que no era un libro; sus páginas estaban pegadas, y en el centro de las mismas había un recuadro hueco que contenía cigarrillos.

—¿Lo hizo usted?... Está bien —dijo él ofreciéndole a su anfitriona—. Me gustan estas cosas.

Ella tomó un cigarrillo, que Gamadge encendió. Luego, después de encender uno de los suyos, examinó la caja con detención.

—Hicimos muchísimas con viejos libros de nuestro abuelo que la familia nos dio permiso para usar —explicó

ella—. La casa está llena de estas cajas, y en Navidad solíamos regalar gran cantidad de ellas.

Gamadge observó las letras grabadas a fuego en el lomo y leyó en voz alta: *Viajes de sir Arthur Wilson Cribb por el Punjab, 1861*.

—El tío Gavan no creyó que hacíamos daño al emplear ese libro para confeccionar una caja.

—Bueno; Cribb no fue un Sleeman o un Shakespeare —comentó Gamadge—; pero no estoy seguro de que yo habría hecho una caja con sus viajes por el Punjab.

—¿No? ¿Por qué no? ¿Quiere decir que conoce el libro?

—Un poco.

—¡Vaya, vaya, qué hecho! ¿Era un personaje importante? ¿Pertenece al ejército?

—Era un funcionario civil —expresó Gamadge, y agregó riendo—: pero esta tarde no perderemos tiempo con él o con Thagi, el Sacrificio del Azúcar o la Consagración del Pico.

—¡Cielos! —exclamó ella, contemplándolo admirada—. Usted lo sabe todo. Así me lo dijeron ellos.

—Exageran bastante, quienesquiera que ellos sean.

—Pero me alegro de que sepa muchas cosas. Tiene razón, señor Gamadge, debemos dejar el Sacrificio del Azúcar para otro momento más propicio. Ahora le diré por qué le solicité que viniera. Dije hace un momento que mañana cumplirá Garth veinticinco años. Ese es el día fijado en el testamento de mi abuela para liquidar sus bienes. La fortuna debe ser dividida entre sus herederos y podremos vender la casa. El lunes vendrá a verla un corredor de bienes raíces. De manera que mañana debemos abrir una puerta.

## CAPÍTULO II

—¿**A**BRIR una puerta? —Gamadge la miró extrañado. Al ver que ella no hablaba, inquirió—: ¿Se refiere a la puerta de una caja de caudales, señora Leeder? ¡Espero que mis amigos no le hayan dicho que puedo hacer tal cosa! Ni siquiera cuento a un buen cerrajero entre mis amistades.

—No se trata de una caja de caudales, sino de una habitación —expresó ella, agregando casi de mala gana—: Ha estado cerrada durante veinte años.

Al ver la expresión meditativa de la mujer, Gamadge comentó:

—A mí también me desagradan esos desvanes llenos de reliquias familiares. A ciertas personas les encanta; para mí representan dejadez, y siempre están llenos de artefactos raros cuya utilidad es imposible adivinar.

—¡Ojalá fuera un desván! Se trata simplemente de una habitación clausurada desde el fallecimiento de mi abuela.

—¿Por orden de ella?

—No; lo hicimos nosotros. Ahora debemos abrirla y limpiarla, y al hacerlo tenemos que estar presentes todos los herederos: mi tío Gavan, mi tía Cynthia, Seward y Garth, como así también Rowe Leeder, mi ex esposo. Él también figura en el testamento. Además, deseo que usted esté allí mañana a las tres de la tarde.

—¿Por qué?

—Eso es lo que me resulta difícil explicar; pero debo hacerlo, y si le doy primeramente algunos detalles no encon-

traré el asunto demasiado raro ni a mí me será difícil explicarme. En primer lugar, he de aclararle que Rowe Leeder suele venir aquí con bastante frecuencia. Mi abuela no lo borró del testamento después de aquello tan terrible que le ocurrió. Me refiero al escándalo del caso Sillerman. ¿Oyó hablar del asunto?

—Algo recuerdo.

—Ella vivió sólo una o dos semanas después del suceso. Falleció de un ataque; pero no creo que lo hubiera desheredado si hubiese seguido con vida. Lo quería mucho. Naturalmente, ninguno de nosotros creímos que tuviera nada que ver con la muerte de la joven. Además, lo declararon libre de culpa y cargo, pues tenía una coartada.

La señora Leeder jugueteaba con un pequeño tridente de plata que servía para ensartar tajadas de limón. Gamadge notó que aún lucía su anillo nupcial. Al cabo de un momento ella continuó:

—Pero alguien se enteró de que estaba complicado en el caso y publicaron su nombre en todos los diarios. Mis padres me obligaron a divorciarme de él. De haber sido mayor...; pero sólo contaba veinticuatro años. Dejé que me persuadieran.

Se apagó su voz, y tras una pausa prosiguió:

—Después que ellos fallecieron, Rowe volvió aquí a visitarnos. Fue todo muy natural, y yo me sentí muy contenta. La familia... —dejó el tridente y miró a Gamadge—. Espero que no se escandalice demasiado por mi actitud hacia ellos. Son muy cínicos; no les importa lo que haga la gente, pero no pueden soportar el escándalo. Este había sido olvidado para la época en que regresó Rowe, y lo aceptaron con toda tranquilidad. Como heredero en igualdad de condiciones como todos, tenía ciertos derechos. Comprenderá por qué cuando le hable del testamento. Y no puedo hablarle de ese punto sin describirle primero a mi abuela... y a Nonie.

—¿Nonie?